al estudio de las diversas partes de esta ciencia, á saber: la producción, la distribución, la circulación y el consumo de las riquezas.

Esta división en cuatro partes, en contra de la cual se han pronunciado algunos innovadores, es la más cómoda, y permite seguir los fenómenos, sin extraviarse ni volver á menudo sobre lo andado.

PRIMERA PARTE

Producción de las riquezas.

CAPITULO I

OBJETO DE LA PRODUCCION. —DIVERSOS AGENTES QUE CONCURREN Á LA OBRA PRODUCTIVA: LA NATURALEZA, EL TRABAJO Y EL CAPITAL.

Objeto de la producción: las necesidades humanas.—El hombre produce para satisfacer sus necesidades, que tienen su origen en la naturaleza humana. Sus necesidades, sus apetitos, sus placeres, ya primitivos y en cierto modo innatos, ya tales que se han desarrollado en el transcurso de la civilización; ora generales, comunes á toda la especie humana, ó á determinado grupo de séres humanos, ó ya particulares de algunos hombres.

Las necesidades de la humanidad, indefinidamente numerosas y variables, tienen una base inmutable y fija. Se les ha querido clasificar en necesidades natura-

rales y necesidades artificiales; ó de otra manera, en necesidades de alimentación, de vestido, de habitación, de adorno, de instrucción, de distracción, etc.

No hay una sola de estas necesidades que no tenga sus raices en la naturaleza del hombre; la necesidad de adornarse, por ejemplo, no es solamente propia de los seres civilizados; se le encuentra, presentándose de un modo ingénuo ó grotesco, en todos los pueblos salvajes, sin excepción alguna.

La extensibilidad, en cierta manera indefinida, de las necesidades del hombre, es el gran fenómeno económico, comprobado en toda la corriente de la civilización.

Los filósofos y los moralistas frecuentemente se han pronunciado en contra de lo que llaman necesidades artificiales ó ficticias. Alguna vez han tenido razón en sus censuras, pero á menudo carecen de ella.

Tienen razón cuando condenan la avidez insaciable de placeres, el ansia de deseos jamás satisfechos ó que renacen atormentando el espíritu, tornándolo siempre inquieto, hasta el punto de no dejarle un instante de reposo, ni permitirle placer puro alguno en medio del bienestar ó de las riquezas; también tienen razón cuando reprueban los medios á los cuales recurren ciertas naturalezas bajas ó perversas, para procurarse, á expensas de otro, toda clase de satisfacciones; pero carecen de razón al pretender fijar un límite preciso é invariable á los placeres que el hombre puede esperar y desear satisfacer por medios legítimos.

Sin entrar aquí en lucubraciones acerca del lujo, del que hablaremos en otra parte de esta obra, debemos decir que la multiplicidad de las necesidades, no es signo de la debilidad ni de la insignificancia de la naturaleza humana. Antes bien es, en principio, una prueba de su poderío y su nobleza.

Los animales inferiores tienen menos necesidades que los animales superiores. Los salvajes las tienen en menor escala que los bárbaros, y éstos que los pueblos civilizados.

La multiplicidad de las necesidades, se verifica, en el desarrollo de la civilización, bajo la influencia de tres agentes: el espíritu de imitación, la costumbre y la herencia. El espíritu de imitación hace que los hombres ó los pueblos menos civilizados, puestos en contacto con aquellos que lo están más, acaben gradualmente por apropiarse de la manera de vivir de éstos, y adquieran ciertos gustos que antes no tenían. Aparece después el hábito individual, y finalmente el heredismo fija de un modo definitivo las necesidades, y determina que la

humanidad llegue á no poder concebir siquiera, la abstención de determinados objetos, que algunos siglos antes, le hubiesen parecido supérfluos.

La mayor parte de los muebles de uso doméstico, muchas de las prendas de vestir ó de tocador, las medias, los zapatos, los pañuelos, el jabón, un gran número de artículos de alimentación, por mayoría de razón los libros, los periódicos, los instrumentos de música, son otros tantos ejemplos de la extensión gradual de las necesidades humanas.

Los tres agentes de la producción.—Para satisfacer las necesidades varias que experimenta, el hombre no encuentra, en lo general, en la naturaleza recursos bastantes. Esta subviene, por sí misma, á determinadas necesidades rudimentarias del hombre, como la necesidad de respirar; algunas veces, en ciertos países todo el año, una parte de él en otros, provee á la necesidad de dar calor al individuo. Respecto de la generalidad de las necesidades humanas, es necesario que el esfuerzo del hombre secunde ó dirija á la naturaleza.

Esta es la verdad desde los principios del hombre; aún en los tiempos en que familias poco numerosas ocupaban enormes extensiones, necesitaban un gasto considerable de energías para proveerse de alimentos. La cosecha de frutos salvajes,

la caza de animales, la pesca ó el apacentamiento de ganados domésticos, reclamaban de nuestros antepasados más remotos, una actividad en ocasiones muy grande, y esfuerzos que, á efecto de que no fuesen siempre contínuos, debían tener, en ciertos momentos, una extraordinaria intensidad.

Para la satisfacción de las necesidades humanas, el hombre debe ser, pues, el colaborador de la naturaleza. La producción no puede prescindir del concurso de ésta, ni del de aquél. La naturaleza es la fuerza inconsciente, la materia universal y variada que el hombre fecunda con el sudor de su frente, dirige por medio de su inteligencia y explota con los instrumentos gradualmente perfeccionados que la observación y la reflexión le han sugerido.

El concurso del hombre en la producción, puede ser de dos clases. Consiste en el trabajo actual, en el esfuerzo puramente muscular ó nervioso; pero esto no basta para alcanzar grandes resultados. El hombre, salvo el caso de considerarlo en los orígenes de la civilización, dispone de medios de acción que añaden mucho á la fuerza de sus brazos y al ingenio de su espíritu; ha acumulado provisiones ó materiales que le permiten acometer, sin distraerse, obras de aliento, cuyo término no podrá verse, sino al cabo de varios días ,semanas ó meses; por otra parte, posee ciertos ob-

jetos, que por sí mismos no satisfacen necesidad alguna humana; pero ayudan á conquistar más fácilmente aquellos que realizan ese fin. Esos objetos son los instrumentos: un arco y sus flechas, una canoa, una red de pescar, un azadón, una pala, un arado, hasta las máquinas más perfeccionadas.

Tales abastecimientos y herramientas, constituyen lo que se llama capital. Desde sus primeros días el hombre creó el capital: las piedras pulidas de que se servían los hombres primitivos de la época llamada edad de piedra, eran capital como hoy la locomotora y los *arados de vapor*. El hombre es un ser que necesariamente fabrica instrumentos; mientras más se perfecciona, más abundan, varían y se combinan los instrumentos; en la actualidad se ha proporcionado algunos para facilitar ciertas operaciones mentales y aun para substituirlas, como las tablas de cálculos.

Así, pues, respecto del hombre que ha salido de la barbarie de los tiempos primitivos, la producción se realiza por medio de tres agentes: en primer lugar la naturaleza, en segundo lugar el trabajo humano y en tercer lugar el capital.

CAPITULO II.

PARTICIPACIÓN DE LA NATURALEZA Y DE LAS FUERZAS NATURALES, EN LA PRODUCCIÓN.

Definición de la naturaleza, desde el punto de vista económico.—Desigual distribución de los dones naturales: el clima, la topografía, el suelo y el subsuelo.—Muchos de los dones de la naturaleza, no son, ni comunes á toda la humanidad, ni gratuitos.

Papel de la naturaleza en la producción.—La naturaleza es el primer factor de la producción; por naturaleza, no debe entenderse solamente la tierra, el suelo, sino el conjunto del medio que rodea al hombre y las fuerzas en aquel contenidas.

Así, el hombre se ha aventurado después de algún tiempo, á buscar el aprovechamiento de las fuerzas que no provienen directamente de nuestro planeta; utiliza la luz solar para la reproducción de las imágenes de los objetos, y procura utilizar el calor del sol en usos industriales.

La naturaleza en sus relaciones con la producción, puede dividirse en tres subfactores: 1° el clima y la configuración geográfica; 2° la constitución geológica, es decir el suelo y el subsuelo; 3° las fuerzas de los diversos agentes naturales, por ejemplo, la fuerza motriz de los vientos y de las corrientes de agua, la fuerza expansiva de los gases, y todas las aplicaciones que resultan de la física y la química.

Se dice, con frecuencia, que, en la producción, la naturaleza representa el elemento pasivo y el trabajo humano el elemento activo.

Esta fórmula no es exacta en términos estrictos; porque nada existe tan activo como la naturaleza, que no descansa jamás, sino que contínuamente está agitándose y transformándose aún en trabajo. La germinación suministra un ejemplo elocuente de ello. Las fuerzas de la naturaleza, las del viento, del agua, del vapor, están continuamente obrando.

Sin embargo, la fórmula que acabamos de citar, aunque inexacta en teoría pura, puede ser aceptada como relativamente verdadera, en un sentido limitado. Significa así, que la naturaleza, si es siempre activa, lo es, en tesis general, de una manera regular y uniforme, y no aumenta ni se modifica espontáneamente; y que

por el contrario el hombre, por virtud de sus esfuerzos y su facundia, puede influir sobre la naturaleza, á efecto de que su actividad se manifieste, desde el punto de vista productivo, más apropiada á las necesidades humanas y más fecunda.

Labrando la tierra, colocando molinos de viento en las alturas, disponiendo canales y derivaciones á las caídas de agua, aislando ó asociando, según las combinaciones varias, los diversos gases, se encauza y disciplina la naturaleza; se convierte la actividad de ésta á un objeto especial: el sostén y embellecimiento de la vida humana.

Algunos economistas aseguran que la capacidad productora de la naturaleza disminuye al paso y medida que la civilización avanza. Esta observación es de una falsedad evidente.

La civilización, desde el punto de vista material, consiste en una organización mejor y una utilización más completa y más variada de las fuerzas naturales; tiene por fin y por efecto, hacer más intima, más metódica y más consciente, la colaboración del hombre con la naturaleza.

Desigual distribución de los dones naturales.—Los bienes y las fuerzas de la naturaleza, no se encuentran repartidos de un modo uniforme é igual en toda la superficie de la tierra.

Desde el solo punto de vista de la producción alimenticia, no todas las tierras son igualmente fértiles; los arenales de la Pomerania, son inferiores en fecundidad agrícola á los ricos valles del Loire y del Ródano; las estepas de Asia central, son también inferiores, no obstante los esfuerzos humanos, á las praderas de las márgenes del Sena. Dentro del mismo país, las montañas de Lozère y de Cantal, están lejos de valer lo que las llanuras de Flandes ó de Auvergne.

No solamente por lo que respecta á la fecundidad del suelo, sino también por otros caracteres importantes, la naturaleza es, según las comarcas, desigual y diversa.

En todos los tiempos se ha atribuido una influencia decisiva sobre la civilización, al aspecto de los lugares, al género de producción de la tierra, á la configuración geográfica y al clima.

La disposición de los lugares determina las vocaciones naturales de los pueblos y de los hombres é inclina á determinado género de ocupaciones; hizo de los Fenicios, los Cartagineses, los Griegos, los Venecianos, los Holandeses y los Ingleses, pueblos de navegantes y mercaderes; lo que no pudieron ser, en cierto grado por lo menos, ni los Escitas, ni los Parthos, ni los Rusos, que habitaban ó habitan

aún, continentes compactos, sin fácil acceso á los mares, y sin red bien ligada de corrientes de agua.

Mucho se ha disertado acerca del clima y de la manera en que afecta al organismo humano. Es evidente que el exceso, y sobre todo, la continuidad del calor, deprimen el cuerpo y el espíritu; que la inmensidad de los obstáculos en los paises tropicales, como los temblores de tierra, los ciclones etc. debilitan la voluntad y alejan al hombre de la previsión. Igualmente demuestra la historia que la abundancia y la espontaneidad de las producciones naturales, sin esfuerzo casi del hombre, y la satisfacción fácil de las necesidades primeras, como las de alimentación, abrigo y vestido, extinguen, en los climas de los trópicos, la actividad y la inventiva del hombre.

Todas estas observaciones no son nuevas, pero de ellas se pueden inferir importantes consecuencias económicas.

No utilizamos solamente de la naturaleza los productos ó sus propiedades, que pueden servir para satisfacer directa é inmediatamente nuestras necesidades, como las plantas, el calor del sol, la tibieza de la atmósfera; nos valemos tambien de las propiedades de la naturaleza, que permiten emplear á la naturaleza misma como instrumento de nuestros trabajos.

Por otra parte, la abundancia casi espontánea de los objetos directamente útiles al hombre, entorpece pronto su cuerpo y embota su espíritu. Por el contrario, la abundancia de las últimas propiedades naturales, aquellas que no sirven, sino de una manera derivada, para la satisfacción de las necesidades del hombre, y prévios algunos esfuerzos de su parte, como las minas de fierro, de hulla, las corrientes de agua que facilitan el comercio, la irrigación y se prestan al aprovechamiento como potencia motriz, la abundancia de esta segunda categoría de propiedades naturales, es favorable, en el más alto grado, para el desarrollo de la energía y de la previsión humanas.

Los paises septentrionales y los paises templados, menos bien abastecidos de producciones inmediatamente utilizables, lo están mejor de los materiales ó fuerzas que la naturaleza no prodiga ni da espontáneamente, sino las cede sólo á los esfuerzos del hombre. De aquí el secreto de la grandeza, lentamente conquistada, por los pueblos situados en las regiones septentrionales ó templadas.

Existen comarcas en las cuales parece no poderse desarrollar espontáneamente una civilización perfeccionada, y es necesario que sea importada de otras partes. El espíritu del hombre, entorpecido, en

efecto, por el clima, y en cierto modo ahogado por la abundancia de las producciones naturales, nunca podría en un medio semejante llegar á todas las invenciones, la previsión y la acumulación de capital necesarios, para avanzar considerablemente en civilización. La colonización tiene precisamente por objeto, introducir las artes y los capitales de los pueblos más activos, en aquellas regiones en las que, por condiciones físicas desfavorables al través del tiempo, bajo la apariencia de una naturaleza pródiga, la civilización perfeccionada no hubiera podido desarrollarse y extenderse espontáneamente.

No todos los bienes de la naturaleza, ni los bienes gratuitos cuyo uso no exige precio alguno, son comunes á todos los hombres.

Se dice, por ejemplo que el mar y las corrientes de aguas, son comunes á todo el género humano, pero esto es falso. Hay paises que poseen una gran extensión de costas, en relación con su territorio, en los que pocos lugares quedan lejos del mar; y hay otros que constituyen continentes enormes, compactos y cerrados, en los que casi todos los puntos están muy distantes del mar, y los mares que los rodean, en algunos lugares permanecen obstruidos por los hielos á la navegación durante la mayor parte del año.

Los primeros paises tienen una superioridad económica natural sobre los últimos; la civilización aparecerá pronto en ellos, la industria de la pesca se desarrollará; el comercio adquirirá rápido incremento y los transportes de las mercancias y de las personas serán más fáciles y menos costosos.

Estas ventajas alcanzan su punto culminante en aquellos paises que afectan la forma de una isla oblonga: la Gran Bretaña, Cuba, Java, el Japón. Claro está que esto constituye una superioridad económica, que se traduce en ventajas pecuniarias para la nación que la posee. En estos paises el trabajo humano, á igualdad de esfuerzos, puede ser más productivo; los gastos generales de producción y principalmente los de transportes, son menos elevados; los capitales, en las mismas circunstancias, pueden ser allí más remuneratorios. En estos paises privilegiados por la naturaleza, en una extensión dada de territorio, puede subvenir á sus necesidades un número mayor de individuos, ó una población de densidad ordinaria, por el aumento de los salarios y de las utilidades, asegurarse un amplio bienestar.

A falta de una situación insular, y de la proximidad del mar respecto de todos los lugares del país, una región puede poseer una red fluvial, naturalmente bien formada, de

grandes corrientes de aguas. sin dificultad ó con escaso esfuerzo navegables, hasta un punto considerablemente distante de sus desembocaduras; cercanas además unas de otras, de modo que sea fácil unirlas por medio de canales. La China, los Estados Unidos y aún Francia, se encuentran en tales condiciones ventajosas. Estos tienen á ese respecto, una superioridad incontestable sobre la parte de la América del Sur que se encuentra arriba del Amazonas, y también sobre la generalidad del continente, africano y determinadas comarcas de Europa, como España y Rusia.

Estas ventajas naturales, representan en favor del país que las posee, un valor económico. Equivalen á cierta clase de capital que se han ahorrado de formar ó de acumular; en efecto, á falta de esas corrientes que los unen y aproximan, se hubiesen hecho necesarios numerosos ferrocarriles y caminos, que hubiesen exigido gastos de más consideración, empréstitos é impuestos.

Aparte de la cualidad propia del suelo, después de la configuración y del clima, la obra de la naturaleza en la producción, también se manifiesta en el subsuelo.

Se comete un error en referir la población de un país á la extensión de su territorio. Cuando se dice, por ejemplo, que Bélgica posee 200 habitantes por kilóme-

tro cuadrado, Inglaterra 106, Francia 71 y España 34, es solo desde un punto de vista relativo é insuficiente. Merced á la facilidad de cambiar sus productos, una nación no solamente vive de su suelo, sino también del subsuelo, es decir: de los yacimientos de carbón, de canteras diversas, vetas metalíferas, manantiales de petroleo que posea. Existen dos Bélgicas y dos Inglaterras: la Bélgica alumbrada por el sol y la Bélgica inferior, la de las minas, la del subsuelo; lo mismo acontece respecto de Inglaterra. Francia no posee yacimientos de hulla ni metalíferos, sino en una proporción mucho menor, lo mismo que España. Los paises como los dos primeros que acabamos de citar, que poseen á la vez un suelo fecundo para los productos de la agricultura, y un subsuelo abundante en materias primas industriales, disfrutan, respecto de los otros, de una ventaja natural considerable: pueden mantener más habitantes ó proporcionar mayor bienestar á una población de importancia media.

Así, pues, los bienes de la naturaleza se encuentran en todas partes desigualmente distribuidos. La diversidad de producciones incita al cambio; pero no logran que todos los pueblos y todos los países estén igualmente dotados.

La igualdad es una mera concepción del

hombre; la naturaleza no la realiza en ninguna parte. Existen países y pueblos naturalmente favorecidos. En el interior de una misma región, se encuentran grupos de hombres á quienes la naturaleza ha prodigado desigualmente sus dones. De esa suerte, el departamento de la Gironda y el Inferior del Sena, se hayan indiscutiblemente mejor tratados por la naturaleza, que los departamentos de Lozère ó de los Bajos Alpes.

Ordinariamente se considera á todos los dones naturales, como de uso común y gratuito de todos los hombres; pero semejante idea es radicalmente falsa. Los únicos dones naturales que son verdaderamente gratuitos, son aquellos que se encuentran igualmente distribuidos en todo el mundo civilizado, y uno sólo parece encontrarse en ese caso, y no de un modo absoluto: el aire respirable. Todos los demás que se hallan desigualmente derramados en la superficie del globo, representan por sí mismos un valor para el pueblo que los disfruta, le proporcionan grandes utilidades, se traducen en cierta economía de capitales en los transportes y abastecimientos industriales, significando siempre una superioridad en los cambios y relaciones de los pueblos.

Si un pueblo es por obra de la naturaleza propietario de todos los bienes natura-

les que aprovecha, la justicia y la humanidad exigen que permita la participación de ellos á los demás pueblos, y esto se realiza de dos maneras: por virtud de las permutas internacionales, y por la facultad concedida á los extrangeros, bajo condiciones de orden y naturalización ulterior, de establecerse en un país más privilegiado que el propio.

Estas primeras consideraciones hechas acerca de la naturaleza, nos demuestran la importancia de su cooperación en la obra productora, la diversidad y la desigualdad de sus bienes, de donde se imponen la permuta entre las naciones, la colonización y la libertad de emigración y de inmigración.

Cuando se habla de la naturaleza, necesario es considerar no solamente la naturaleza exterior é inanimada, sino también la naturaleza del hombre, la que, del propio modo, es muy variable y muy desigual, según los países, las razas y los individuos. Un hombre que ha alcanzado la edad adulta, es la obra de un cúmulo de factores diversos: el medio físico, la herencia, la educación, su propio pasado y su voluntad han contribuido de consuno á formarlo. El hombre salió de las manos de la naturaleza hace ya millares de años; mas al través de cien generaciones, multitud de influencias diversas, ya físicas, ya heredi-

tarias, han contribuido para hacer de cada pueblo y de cada individuo lo que son actualmente. La voluntad, por medio de los esfuerzos personales, obra sobre esa especie de fondo adquirido, modificándolo ó corrigiéndolo; pero entre los pueblos, como entre los hombres, existen diversidades y desigualdades, desde el punto de vista de la fuerza física, de la fuerza intelectual, de los hábitos morales, de la disciplina y de las tradiciones, de donde resulta cierta clasificación natural del valor de los hombres, la cual, sin embargo, no está definida de un modo absoluto. El esfuerzo individual ó colectivo, puede, en cierto grado, influir en ella; este esfuerzo individual ó colectivo, aplicado á la producción, recibe el nombre de trabajo.